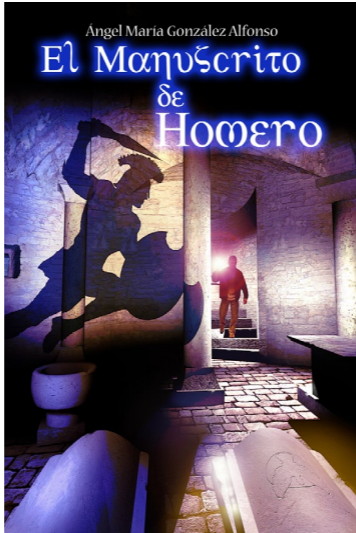


Ángel María González Alfonso

El Μανυσκρlτο δε Ηομηρο



EL MANUSCRITO DE HOMERO

ÁNGEL M. GONZÁLEZ

FEBRERO

I. Viernes por la tarde

Zeus! ¿Por qué concediste medios claros a los hombres para distinguir el oro falso y, en cambio, no imprimiste en su cuerpo ninguna huella natural con que distinguir al hombre malvado?»

(Eurípides. *Medea*).

Probablemente los acontecimientos hubieran resultado muy diferentes si Daniel hubiera cedido a la tentación de aban-

donar su puesto de bibliotecario becado en el departamento de Historia Moderna de la universidad y hubiera bajado a tomarse un café con su novia, Diana Castillejos, que a esas horas solía encontrarse estudiando en la biblioteca de Filosofía y Letras, un piso más abajo.

El muchacho extendió sus apuntes de *Historiografía* sobre la mesa e intentó estudiar, resignado al lento transcurrir de las horas, que se hacían eternas en aquella sala llena de estanterías repletas de libros, mesas vacías y ausencias. Todos sus compañeros se habían marchado hacía un buen rato: libros y apuntes no podían competir con la llamada de las botellas y los vasos al ritmo de la música de los bares. Era viernes, víspera del puente de carnaval.

Sólo Marta permanecía en su puesto.

La administrativa aporreaba las gastadas teclas de su trasnochada máquina de escribir poniendo contrapunto al crepitar de la lluvia, que caía pertinaz sobre las cubiertas de cinc del tejado. En el techo, un fluorescente averiado pugnaba por encenderse y así espantar la tediosa penumbra que invadía la estancia.

Daniel bostezó. Hacía más de una hora que no entraba nadie en el departamento y el aburrimiento comenzaba a abrumarle. Nada en esa atmósfera pesada, casi muerta, indicaba que estaban a punto de repartirse las cartas de una partida que él no había elegido jugar. Su vista recorría los trazos rápidos y apenas legibles de sus apuntes, pero sus pensamientos transitaban muy lejos de allí.

Arrojó el bolígrafo sobre la mesa y levantó la vista hacia la ventana. El cris-

tal le devolvió el reflejo de su rostro: su ancho cuello, sus mandíbulas angulosas, casi cuadradas, y sus ojos, claros e inteligentes, como los de su padre. Giró la cabeza y se fijó en Marta, que no dejaba de teclear. Se preguntó cuántos años tendría. El perfil de su torso conservaba el atractivo de una juventud nada lejana; sus piernas, cruzadas bajo el tablero de la mesa, aún lucían esbeltas y bien torneadas. De carácter, la mujer era más bien adusta: ella cumplía escrupulosamente con su tarea y a las ocho recogía sus cosas, daba las buenas tardes y se marchaba. Daniel reparó en las manos de la chica; tenía la impresión de que el tacto de esa piel debía resultar frío y rígido, igual que el caparazón de una tortuga. No obstante, advertía una pecaminosa fijación en esas manos de dedos largos y ágiles, que se

movían con soltura sobre las teclas de la Olivetti. Para él no había órgano más cargado de erotismo que las cuidadas manos de una mujer.

Se despezó contra el respaldo de la silla y volvió a acordarse de Diana. Había quedado con ella a las ocho, en la puerta principal. Alguna vez había pensado que ella era lo más valioso que iba a sacar de su paso por la universidad. Allí la había conocido y sólo por eso consideraba bien empleados cada uno de esos cinco tediosos cursos que, a su entender, le habían supuesto una absoluta pérdida de tiempo: estudiar Historia o pasarse tres tardes a la semana rellenando fichas y prestando polvorientos libros, no resultaba nada heroico para el orgulloso hijo de uno de los empresarios más acaudalados de la ciudad. El amor hacia su novia suscitaba en

él un deseo vehemente de hacer algo grande, algo que reafirmase su hombría ante la chica y que acallara en su conciencia las dudas que a veces le asaltaban respecto al motivo por el que la muchacha le quería. Pero de sobra sabía que en el mundo domesticado donde le había tocado vivir no había lugar para los héroes; éstos sólo existían en las páginas de los libros o en las pantallas de los cines: héroes de papel o de celuloide, el material del que estaban hechos los sueños. Ignoraba que el destino le tenía reservada una partida de las buenas, de esas que se juegan a todo o nada, y que dicha partida estaba a punto de empezar, esa misma tarde y allí mismo, sin ir más lejos, en la penumbra de aquel adormilado departamento.

Alguien arrastró una silla en la lejanía de los pasillos. Fue entonces cuando Da-

niel reparó en un *buch-buch-poc*, *buch-buch-poc* lento y cadencioso, como los pasos de un atleta a punto de desfallecer en la recta final de una maratón. Alguien se acercaba muy despacio por el pasillo. Aguzó el oído pero el rumor de la lluvia y el tecleo de Marta le estorbaron en su propósito.

En un momento dado los pasos dejaron de oírse y empezó a girar la manija del picaporte. El fluorescente averiado se apagó definitivamente y tras la hoja de la puerta apareció un encorvado anciano envuelto en una gabardina verde oliva. Llevaba una bufanda marrón por encima de la nariz, que se adivinaba aguileña; una cinta roja, ceñida a la copa de su sombrero, le daba un cierto aire carnavalesco.

El viejo cerró la puerta tras de sí y se detuvo a tomar aliento, como desorienta-

do. Levantó la cabeza y posó en Daniel una mirada turbia a través de sus gruesos y sucios lentes. Luego se acercó hasta él. Arrastraba los pasos con un *buch-buch* seguido del sordo *poc* provocado por el nudoso bastón al golpear en el terrazo. Su paraguas fue dejando un reguero de gotitas sobre las baldosas del departamento.

Un par de metros antes de alcanzar su destino, el extraño visitante dio un traspie y para no caerse se apoyó en una de las mesas vacías. Daniel acudió de inmediato a ayudarlo.

—¿Está bien? —le preguntó. Temía que aquel nonagenario se fuera a morir allí mismo.

El viejo tomó aire y se rehizo.

—Sí, estoy bien —respondió con su voz cascada—. Soy como la última hoja del otoño, que se aferra a la rama. Al pri-

mer soplo me desprenderé...

Dieron las ocho en el reloj de la catedral y Daniel dejó escapar un resoplido de impaciencia. No le apetecía quedarse ni un minuto más con ese matusalén. Quería largarse con su novia, entrar en un bar a tomar algo y planificar el larguísimo fin de semana, que iba a durar hasta el miércoles.

—¿En qué puedo servirle? —inquirió.

Marta dejó de teclear, se abotonó el abrigo y se despidió hasta el miércoles.

El anciano siguió a la mujer con la vista, hasta que ésta abandonó la sala. Después se volvió hacia Daniel.

—He traído algo —dijo.

Sus manos enguantadas, trémulas, extrajeron de una bolsa de plástico un fajo de papeles sueltos, unos ochenta folios amarillentos, propensos a curvarse, como

si hubieran permanecido enrollados mucho tiempo. Luego clavó una miraba baja y penetrante en la faz del muchacho.

—Te conozco. Tú eres el hijo de Daniel Cuadrado.

Pocos sabían lo harto que estaba Daniel de que todo el mundo le identificase como el «hijo de» Daniel Cuadrado.

—Yo también me llamo Daniel Cuadrado —se limitó a replicar, sin demasiada acritud. Aquel no era el momento de despotricar contra el destino. Después de todo, había cosas peores que ser el heredero de una de las mayores fortunas de su Valladolid natal.

El anciano señaló el montón de folios.

—He creído que aquí podría interesarles. Parecen antiguos y he sorprendido a unos críos cuando los iban a quemar en una hoguera. No he podido encontrar al-

gunas páginas. Mucho me temo que hayan sido pasto de las llamas.

Daniel hojeó los papeles, que presentaban una textura áspera y quebradiza. Llevaban texto manuscrito por ambas caras y despedían un penetrante tufo que sugería un lugar húmedo y oscuro.

—Hay un profesor experto en el estudio de documentos antiguos —dijo—. Él sabría decirle de qué se trata. Pero ya no está. Vuelva el miércoles —concluyó. Se preguntaba si para el miércoles el viejo seguiría vivo.

Devolvió los papeles al anciano, pero éste los rechazó.

—Quédese con ellos. A usted le serán más útiles. Además, no me dejarían entrar en el asilo con semejante porquería. La hermana Leonor registra todas mis bolsas; piensa que llevo fotos de chicas

desnudas y que eso no le conviene a mi corazón. ¡Vieja fisgona!

—Está bien —aceptó Daniel. Los papeles parecían valiosos, pero estaba seguro de que al anciano no le iban a hacer ninguna falta—. Déjeme su dirección y ya se le avisará.

—No importa. Me pasaré por aquí otro día.

El viejo cogió su paraguas y desanduvo el camino con su andar lento y arrastrado. Antes de salir, se giró hacia Daniel y, apuntándole con la contera del paraguas, le dijo:

—Ten mucho cuidado, hijito.

Tales palabras sonaron extrañas en los oídos de Daniel, como si no hubieran sido articuladas por la rota garganta de un moribundo.

Las pisadas del anciano se extinguieron por los pasillos de la facultad y Daniel empezó a examinar los papeles, intentando poner en práctica los conocimientos adquiridos en las clases de Paleografía y Diplomática, asignatura que impartía su primo, Juan Cuadrado.

La primera hoja estaba encabezada por un escudo con espada adiestrada, flanqueada por dos elementos heráldicos que no logró discernir, pues estaban muy borrosos. Tal vez su amigo Sandro, que había estudiado algo de heráldica, lograra identificarlos.

Sus ojos se posaron a continuación en los versos que seguían al escudo. Estaban escritos con tinta marrón, muy diluida, y habían sido trazados en letra inglesa, caligrafía cursiva de rasgos pequeños y muy pulcros. Decían así:

¿Eres tú Eurímaco?

*Mira que Teoclímeno te espera
y la impaciencia ya hace mella en su ánimo.*

Entonces, ¿deseas alcanzar a la bella Penélope?

*Tensa, pues, el arco de Ulises
después de que llegue el Cronión con su
rayo encendido.*

Daniel leyó los versos hasta tres veces, pero no logró encontrar sentido alguno. *¿Eres tú Eurímaco?* La pregunta le pareció demasiado directa, como si hubiera sido formulada cientos de años atrás para que él la respondiera. *Mira que Teoclímeno te espera. ¿Quién coños era ese tal Teoclímeno? La bella Penélope. El Cronión con su rayo encendido. Tensa, pues, el arco de Ulises...* Aquello tenía toda la

pinta de un acertijo y un prurito de desasosiego se instaló en su mente, como si las últimas palabras del extraño visitante hubieran querido avisarle de un peligro indefinido pero real.

II. Lunes de Carnaval

«*Una máscara nos dice más que un rostro.*»

(Oscar Wilde. *Pluma, lápiz y veneno*)

Las luces de la ciudad empezaron a encenderse a los pies de la colina donde se levantaba la mansión de los Cuadrado. Era lunes de Carnaval y los acordes de *Stairway to Heaven*, de Led Zeppelin, sonaban en el dormitorio donde Daniel se ataviaba con los vistosos ropajes de su disfraz. Se disponía a acudir al baile de

máscaras que iba a celebrarse esa noche en los sótanos de la facultad de Medicina. Su amigo Sandro le observaba con curiosidad.

—Déjame que lo adivine —dijo éste—
. ¿Mosquetero?

Daniel se ajustó ante el espejo las amplias alas del sombrero de fieltro, que estaba rematado con un penacho de plumas de avestruz.

—Siempre has sido muy observador —respondió.

Notaba que el jubón le tiraba un poco por los hombros; por lo demás, le sentaba perfectamente, igual que cuando lo estrenó, hacía ya cuatro años. Recordaba lo orgulloso que se había sentido aquella lejana noche de carnaval, entrando en la sala de fiestas con ese mismo jubón, del brazo de aquella preciosa morena disfrazada de

mora: Patricia Álvarez, que por entonces era su novia. Eso fue unos meses antes de que ella desapareciera de su vida sin decirle nada. No había vuelto a verla desde entonces.

Acarició con una sombra de nostalgia la suave piel de sus botas con vueltas y reparó en la indumentaria de su amigo, la misma de todos los días: cazadora marrón oscuro, camiseta gris y vaqueros.

—Ahora deja que adivine yo lo que representa tu traje: un muermo, ¿no? ¿O acaso se trata de la alegoría del aburrimiento?

Sandro no dio muestras de haber oído a su amigo. Su pálido semblante, tachonado de acné, se contrajo en una mueca de sorpresa ante los viejos manuscritos que acababa de descubrir sobre el escritorio.

—¿Q... q... qué es esto? —tartajeó.

—Dímelo tú que eres más listo —respondió Daniel. No había vuelto a acordarse de los manuscritos desde que el viernes se los dejara el anciano.

Sandro estudió los papeles junto a una lámpara. Sus manos, suaves y blancas, fueron pasando las quebradizas páginas con sumo cuidado, casi conteniendo la respiración, como temiendo mancillar con su aliento unos papeles que consideraba valiosos.

—¿D... de dónde has sacado esto? —preguntó.

—Un anciano me lo dejó en el departamento.

—¿Ya lo ha visto Juan?

—No. Esperaba que lo vieras tú primero.

Sandro se recolocó las gafas de pasta negra que usaba para corregir la miopía

y leyó algunos versos, traduciéndolos del latín:

...Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua

a los dioses achacándonos todos sus males...

Bien de cierto que él yace abatido por justa ruina.

¡Que lo mismo perezca quienquiera que imite su ejemplo!...

—¡Es una versión en latín de la *Odisea*! —exclamó Sandro, fuera de sí— ¡La *Odisea*, de Homero!

—Sé quién escribió la *Odisea* —le espetó Daniel. Se ciñó el talabarte del que pendía la espada de plástico, luego la desenvainó y se regaló unas fintas frente al espejo.

Sandro siguió leyendo los versos de la primera página. El muchacho parecía

ido, como si su mente intentara procesar algún dato que, sin duda, se le escapaba. *¿Eres tú Eurímaco?* Ese nombre le sonaba, aunque tal vez le estaba confundiendo con otro personaje; ¡hacía tanto que no leía la *Odisea!* De pronto se volvió hacia su amigo:

—¿No te parece que esto suena a...?

—¿A un misterio a punto de revelarse? ¡Ay, Sandrito! Si no supiera que sacas cuatro sobresalientes por curso, pensaría que tienes la cabeza llena de pájaros.

—No es broma; mira estos versos. Es como si alguien quisiera decirnos algo.

—Genial, Sandro —se burló Daniel—. ¿No me digas que has encontrado la clave oculta para acceder al santo Grial? —Le arrebató los manuscritos y los arrojó sobre la mesa, sin ningún cuidado—. ¡Vamos, despierta, que estamos en Carnaval!

¡Disfruta un poco del cotarro, coño! Que no me diga tu padre que has vuelto a casa antes de las cinco.

Sandro recogió los manuscritos y comenzó a ordenarlos de nuevo. Daniel, por su parte, se probó varios antifaces frente al espejo; tenía diez modelos diferentes para elegir y se quedó con una careta mo-fletuda que le tapaba toda la cara.

—¿De veras que no quieres disfrazarte? Aquí sobra ropa —insistió, aunque ya sabía la respuesta. Conocía a Sandro desde que ambos tenían seis años y jamás le había visto disfrazado. Su amigo era uno de esos raros especímenes que no se avergonzaban de calificarse a sí mismos como ratones de biblioteca, seres incapaces de perder un minuto en algo tan inútil como era disfrazarse.

—Es paradójico —dijo Sandro—. Al

ponernos una careta, en realidad lo que estamos haciendo es quitarnos la máscara que habitualmente llevamos encima, liberando por unas horas al animal que llevamos dentro. En realidad, todo es falso, todo es apariencia. Continuamente estamos ocultándonos detrás de máscaras, como los personajes de la *Odisea*. Ulises se disfraza, los dioses se disfrazan. Al final, el único personaje que permanece auténtico es *Argo*.

—¿Y ese quién es?

—*Argo* es el perro de Ulises. El animal consiguió sobrevivir para ver el regreso de su amo, veinte años después de su partida hacia Troya. *Argo* fue el único que no se dejó embaucar por el disfraz de mendigo que llevaba Ulises cuando por fin llegó a Ítaca. Lo dice Homero en la *Odisea*.

Daniel trazó una sonrisa de conmise-

ración.

—Tú no transitas por la vida —le dijo—; te dedicas a analizarla desde la cuneta; observas desde fuera cómo los demás se divierten, sufren, aman, besan, bailan. ¿Es que tú no necesitas ocultar tu rostro y hacer alguna gansada de vez en cuando? —Subió el volumen del estereofónico y comenzó a moverse al ritmo de la música, improvisando un *rap*—: ¡Escapa de esa cuneta enfangada! Camina por la vida, atrévete a hacer algo que rompa con tus principios; no seas esclavo de ellos; haz algo diferente, ¡vive una aventura!

—¡Como si la aventura fuera algo que sucede sólo por ir por ahí disfrazado de aventurero! —replicó Sandro—. La aventura no es eso que se compra en los grandes almacenes con la visa oro de tu padre.

La verdadera aventura empieza cuando has perdido el último tren, cuando todos los planes han fallado y sólo te quedan tus manos, desnudas frente al peligro.

Daniel observó asombrado a su amigo. Nunca le había visto tan exaltado.

—De todas formas —continuó Sandro—, no me extraña que busques algo, aunque sólo sea un sucedáneo de aventura. Como eres rico y tienes la vida resuelta...

—¿Y qué quieres que haga? ¿echarme a llorar?

A Daniel no le ofendía que le hablasen de dinero. Sabía que en cuanto acabara la carrera, tenía a su disposición un despacho en las oficinas de la calle María de Molina, desde donde su padre dirigía sus negocios, incluida su fábrica de muebles metálicos. Más adelante todo iba a ser

suyo: el despacho principal, con su cómodo sillón, su amplia mesa con teléfono y varios ordenadores, y la secretaria, que le llevaría cada mañana el café y el periódico. No podía negar que iba por la vida por un carril especial reservado a unos pocos. Aunque a veces también llovía en el paraíso. Por una extraña ley de la compensación, era consciente de que vivir le estaba resultando demasiado fácil y sospechaba que algún día tendría que pagar la factura. Su pesadilla más repetida era la idea irracional de que Diana acabaría largándose de su lado, sin decir nada, igual que hiciera Patricia Álvarez un día de octubre, tres años atrás, dejándole sumido en la más honda de las aflicciones.

Pero esa noche tocaba divertirse, así que decidió dejar la filosofía para Sandro.

—*Voilà, mon chéri* —dijo, cortando el aire con su espada de plástico.

Sandro apagó la música, silenciando por completo la cortante guitarra del mítico Jimmy Page.

—Daniel, escucha; ¿es que no quieres saber lo que tienes aquí? —refiriéndose a los manuscritos—. Estos papeles podrían valer una millonada.

Daniel le miró asombrado.

—Durante las próximas horas no soy Daniel; soy D'Artagnan... o Ulises, y busco a mi Penélope.

—Pues espero que no os cueste una odisea dar con ella —ironizó Sandro. A continuación, éste cogió los manuscritos y se volvió hacia su amigo—: Ya que a ti no te interesan, ¿me los puedo llevar un par de días?

—Haz como si fueran tuyos.

—¿De veras?

—Que sí, hombre, llévatelos. Y despréndete de esa careta de filósofo. Diviértete y mueve el esqueleto mientras puedas. Es el mejor consejo que te han dado. No lo dudes.

Por la pasarela del improvisado salón de baile, en el sótano de la facultad de Medicina, desfilaron las aspirantes a la tiara con que el jurado iba a distinguir a la reina del carnaval universitario. Había hadas de vaporosos vestidos y varita mágica, sensuales bailarinas de piernas largas y tutús transparentes, una *blancanieves* algo llenita, un puñado de princesas con antifaces de colores y falsos brillantes, y hasta una reina con un escotado vestido de novia, corona de papel de plata y toneladas de maquillaje.

Pero la corona no recayó en esa falsa

reina, ni en ninguna de las bonitas princesas de cuento de hadas; la corona se la llevó una joven de vestido harapiento que recordaba a la golfilla huérfana de una película de Chaplin, *Tiempos Modernos*. Se llamaba Diana Castillejos y había sido nombrada «reina» a su pesar, pues sólo a instancias de sus amigas había aceptado desfilarse por la pasarela y someterse al criterio del jurado. Diana detestaba toda clase de notoriedad, quizá por eso había intentado camuflar su natural atractivo entre los harapos de una golfilla, en lugar del organdí o los tules transparentes que lucían sus rivales. No obstante, la tiara plateada que los organizadores habían colocado sobre su melena marrón, no desentonaba en absoluto con su andrajoso atuendo, complementado con un antifaz de brillantina y unos esca-pines deslustra-

dos. A su lado no faltaron en seguida un par de *charlots* de expresión melancólica, capaces de vender a sus madres por lograr siquiera rozar con sus labios las mejillas ruborizadas de tan celestial criatura.

«¡Y yo disfrazado de mosquetero!» se dijo Daniel al divisar a su novia. Era el dueño de la chica más deseada de la fiesta; le sobraban motivos para considerarse el más feliz de los mortales.

Diana, que le estaba buscando, se abrió paso entre una multitud de arlequines, piratas, espadachines e indios medio desnudos, que movían las caderas al ritmo del *Sixteen candles* y del *Smoke gets in your eyes*. Un enojoso vampiro se pegó a ella y pretendió sacarla a bailar. Resultó ser Roberto Rodríguez, el más bromista de la pandilla. Lucía la dentadura de colmillos sanguinolentos y la capa negra y roja de

Drácula.

—¿Cómo se te ocurre abandonar a *Cervatillo Asustado* en medio de tantos lobos? —le dijo a Daniel, reconociéndole bajo su disfraz de mosquetero.

—Tengo un remedio infalible para cortar manos demasiado largas —respondió éste, señalando su espada.

Tomó a Diana por la cintura y la apartó de su amigo. Un gesto de alivio iluminó los inmensos y sonrientes ojos de su novia.

—¿Desde cuándo un caballero hace esperar a su dama? —le reconvino ella.

—¿Una dama? —Daniel retrocedió un paso y observó el harapiento disfraz que la cubría—. ¡Si pareces una golfilla! —exclamó.

—Sácame de aquí —le suplicó ella. Odiaba saberse el blanco de todas las mi-

radas.

—Tus deseos son órdenes para mí.
Cervatillo asustado.

Pero Daniel no estaba dispuesto a desaprovechar la ocasión que se le brindaba para mostrarse ante el mundo como el esclavo de aquella dueña, la Reina del Carnaval. Atrajo a su novia contra su pecho y se arrancó la máscara mofletuda para que todos le vieran, a él, a Daniel Cuadrado, comiéndose sin pudor esos labios jugosos, tímidos y sumisos por los que todos suspiraban.

Mientras el *The great pretender* de los Platters llenaba el ambiente con la nostalgia de los años sesenta, unas manos trémulas buscaron en la oscuridad el calor de la carne, en el tórrido mapa de una espalda desnuda.

—¡Dios mío, no llevas sostén! —se

sorprendió él.

—¿Desde cuándo una golfilla lleva sostén? —replicó ella, un tanto melosa.

Él aprovechó el desenfreno que reinaba en el ambiente y volvió a besarla.

—Me vas a echar a perder el maquillaje —se quejó la muchacha.

—¿Desde cuándo una golfilla se pone maquillaje? —la contrarió él, y volvió a la carga con sus labios, tras arrancarle el antifaz.

El beso hubiera rebasado los límites de lo decoroso de no haber mediado el brusco tirón que los separó. Era Sandro. El muchacho parecía fuera de sí.

—¿Eres tú Eurímaco? —le espetó a Daniel, clavando su dedo índice en la piel que instantes antes había intentado fundirse con la de su novia.

Daniel se apartó de la chica y encaró a

su amigo con verdadero enfado, como si éste acabara de profanar lo más sagrado que poseía.

—¡Estás loco! —protestó, muy sorprendido.

—¡Lo he encontrado! —En sus manos Sandro blandía un ejemplar de la *Odisea* en edición de bolsillo—. «*Veo el desastre que se cierne sobre todos vosotros*».

—No sé qué quieres decir pero mira, hazme un favor: vete con Roberto, a ver si le ayudas a averiguar qué llevan esas bailarinas debajo de los tutús.

—¿No lo entiendes? Teoclímeno era un adivino —gritó Sandro, haciéndose oír sobre el estruendo de la música—. Él fue quien advirtió a los pretendientes de Penélope de que Ulises iba a regresar a Ítaca y los iba a asesinar. Eurímaco era uno de esos pretendientes. Creo que lo que pone

en los versos que encabezan los manuscritos ¡es una amenaza en toda regla!

Daniel cogió a Diana por el brazo.

—Vámonos a otro sitio. Este tío se ha vuelto loco.

—No, espera —le contravino ella, atacada por la curiosidad—. ¿De qué demonios está hablando?

—Diana, tú sí que has leído la *Odissea* —vociferó Sandro—. Sabes que Eurímaco era uno de los pretendientes de Penélope, de los primeros en morir bajo las flechas de Ulises. Haz caso a Teoclímeno. ¡Teoclímeno ve el desastre que se avecina con la llegada de Ulises y pide a los pretendientes que abandonen el palacio antes de que sea demasiado tarde! ¿Eres tú Eurímaco? —Dirigiéndose a Daniel—: ¡Alguien te está avisando de un peligro! ¿No lo entiendes?

Daniel agarró a Diana por la muñeca y la arrastró hasta la calle, donde se respiraba el aroma del frío y de la fiesta. Cogidos de la mano, bajaron por Santa Cruz bajo una densa niebla, más propia de diciembre que de finales de febrero, y recorrieron los bares de la zona universitaria: variopintos establecimientos ambientados como oscuras cuevas de papel de estraza, rústicos salones del Oeste repletos de vaqueros y bailarinas de cancan, o misteriosos templos egipcios, decorados con sarcófagos de cartón y atendidos por estilizadas *Nefertitis* en minifalda.

En uno de esos locales, Daniel pidió una botella de champán y llenó dos copas, pero Diana se opuso a probar la dorada bebida: nunca bebía alcohol.

—La Reina de la Noche no puede conformarse con un refresco —la animó él,

y la chica accedió a tomar un poco del espumoso contenido de su copa. Parecía preocupada por las exaltadas palabras de Sandro.

—No es nada de importancia —la tranquilizó Daniel—. Unos viejos manuscritos que me han dejado en el departamento, para mi primo Juan.

—¿Y eso de Eurímaco? ¿Qué quería decir tu amigo con eso de que parecía una amenaza?

—Tonterías. Ya sabes lo que le van a ése los temas esotéricos.

Diana permaneció pensativa unos minutos, pero no volvió a mencionar el asunto en toda la noche. Un segundo sorbo de su copa la hizo olvidar los remilgos iniciales y siguió bebiendo las «mágicas burbujitas» que su novio escanciaba a degüello. Cuando terminaron la botella,

marcharon a otro bar y pidieron otra, y una vez achispados por la bebida, bailaron, se besaron e intentaron encender la pasión que los funestos augurios de Sandro habían extinguido.

Según transcurría la noche, los grandes ojos de Diana, libres del plateado antifaz, se fueron ensombreciendo y el alcohol terminó por arrancarle la máscara de jovencita ejemplar, transformándola en una desconocida e impredecible golfilla que apenas se tenía en pie cuando buscó apoyo en la barra del enésimo bar.

—¡Camarero! ¡Otra botella, por favor! —farfulló ebria, en una pose exageradamente erguida—. Y del caro, que paga mi novio, Daniel Cuadrado, no le digo más.

—Es hora de tomar el fresco —dijo éste, aterrado por el devastador efecto que la bebida estaba causando en su novia.

Le abrochó la gabardina y, tomándola por la cintura, la sacó del local y la obligó a caminar por la acera bajo el mordiente frío de la calle. Las mágicas burbujas que habían transportado a su chica al insensato país de las risas desmedidas, acabaron por abandonarla en los sombríos páramos de los lamentos y el llanto: lágrimas de arrepentimiento que arrasaron los últimos restos de su maquillaje.

—Mi madre me va a matar —balbució sollozante—. Eres un irresponsable. Ya verás cuando se entere mi madre.

Tales palabras, sazonadas con profundos y sentidos suspiros, anunciaban que la verdadera Diana ya no estaba lejos.

Poco antes de llegar al portal donde ella vivía, se detuvieron frente al iluminado escaparate de una pajarería. No era la primera vez que Diana se quedaba mi-

rando la jaula de un solitario cachorro de golden retriever, una bola de algodón dorada, con el hocico negro como el carbón. El animal, arrebuñado en un lecho de tiras de papel, movía las patas, como queriendo salir de su cubil, y les miraba desde el otro lado del cristal con sus ojillos negros muy abiertos.

—Pobrecito —musitó Diana—. ¿Dónde está tu mamá?

Daniel la tomó de la mano y la hizo entrar en el oscuro portal. Allí permanecieron durante más de media hora, sentados en uno de los heladores peldaños de terrazo de la escalera. La tenue claridad que se colaba por los cristales esmerilados incidía en las facciones de la chica y a Daniel le pareció la mujer más hermosa del mundo. Pero el gesto de ternura que acababa de contemplar frente al escapar-

te de la pajarería, había huido de la faz de su chica, cuya mirada pretendía regresar al territorio de la sensatez.

Cerca de las cuatro de la madrugada, Daniel se despidió de su novia, salió del portal y echó a andar en dirección al Pisuerga, que atravesó por el puente Mayor. La espesa bruma que parecía brotar del río, le aislaba dentro de una pequeña esfera de visibilidad. Se notaba despierto y muy vivo. No obstante, algo comenzó a oprimirle desde el fondo de su pecho: «¿Eres tú Eurímaco...?» ¿Quién demonios dijo Sandro que era Eurímaco? La luna de un escaparate le devolvió la silueta fantasmagórica de su disfraz. Sus venas de mosquetero se llenaron de adrenalina y le sobrevino un deseo irreprimible de desenvainar la espada y cortar el aire con ella, atacando a los fantasmas que se

agazapaban entre los celajes de la niebla. Por un instante se creyó un San Jorge a la caza de un fiero dragón con el que medir sus fuerzas, y añoró lo que nunca había tenido: el riesgo, la incertidumbre de una vida azarosa, llena de retos, una vida en la que tuviera la posibilidad de romperse las narices, lejos de su solícito progenitor, siempre dispuesto a proveerle de cuanto le hiciera falta.

Paga mi novio. El hijo de Daniel Cuadrado. No le digo más.

De pronto, se preguntó si la propia Diana no sería otro de sus juguetes caros, esos con los que su padre tranquilizaba su conciencia por no tener tiempo para estar con su hijo y enseñarle los entresijos de la vida. ¿Estaría ella a su lado gracias al dinero de su padre?

Sandro tenía razón, se dijo: la aventura

era una idea extraña en ese mundo domesticado que le habían legado sus mayores. Él hubiera deseado encarnarse en un soldado de otra época, con una arriesgada misión que cumplir, o en un guapo actor con un buen guión que interpretar.

En pleno arrebató heroico, apenas sintió un leve espasmo en la espina dorsal cuando traspasó la verja de su casa y descubrió, a la luz de las farolas, un sobre de papel nacarado que destacaba contra el césped como un faro en la oscuridad; alguien lo había arrojado desde la calle. Lo recogió y notó que estaba húmedo por el rocío. En el reverso, donde suelen ir las señas del remitente, había una sola palabra: «ULISES», escrita en tinta azul y letra vacilante, ¿la tortuosa caligrafía de un anciano? Entonces creyó oír el eco de unos pasos lentos e inseguros —*buch-*

buch-poc—, así como una frase: «Ten mucho cuidado», tres palabras por las que un muchacho joven y sano no podía sentir ningún respeto.

Sin pensar en ningún momento que el sobre pudiera estar destinado a otra persona, lo rasgó y extrajo de su interior una cuartilla doblada por la mitad. Antes de que sus ojos se posaran en su contenido, supo que acababa de adquirir a precio de saldo, un billete de ida —los auténticos héroes sólo compraban billetes de ida— hacia una Troya lejana y peligrosa. Ignoraba que el billete de vuelta no le iba a salir tan barato.

III. Un asunto siniestro

«*Si temetes en algo así tienes que estar preparado.*»

(David Goodis. *La víctima*)

Quince segundos después de quedarse dormido, sonó el teléfono de su habitación. Daniel lo descolgó para que cesara el *gli-gli-gli-gli-gli* que torturaba su dolorido cerebro, como una pompa de jabón a punto de estallar. Se incorporó para acercar el auricular a su oído y, al hacerlo, comprendió la magnitud del desastre que las «mágicas burbujitas» habían perpetrado en su cabeza.

—Diga —pronunció con un hilo de voz. Tenía la boca seca y pastosa.

Le respondió la voz exigente y despierta de su padre, el señor Cuadrado, que

le ordenaba acudir *inmediatamente* a su despacho.

—¿Ahora? —protestó Daniel. Miró los números luminosos de su reloj-despertador: eran las siete y veinte.

—¿Algún problema? —le preguntó su padre.

Sí, que acabo de acostarme, que todavía es de noche... y no sé si estoy vivo o muerto.

—No. Ningún problema. Enseguida voy para allá.

Encendió la luz y la claridad le ofendió a tal punto que no logró abrir los ojos durante un buen rato. Entonces, como a través de un túnel largo y estrecho, vio el sobre nacarado encima de la mesilla, la prueba de que no había sido un sueño y de que algo muy raro estaba sucediendo.

Tras darse una buena ducha, que ape-

nas consiguió despejarle, se vistió y bajó a la cocina a desayunar: un zumo de naranja y dos tazas de café negro, muy cargado. Dio los buenos días a Fausto, el cocinero, que acababa de entrar por la puerta de servicio, y bajó a las cocheras, donde le esperaba el humilde Ford Fiesta de su madre, la señora Magdalena. Enemiga de fatuas ostentaciones, la mujer le había tomado cariño al viejo utilitario y se negaba a cambiarlo por otro modelo más acorde con su posición social. No obstante, era Daniel el que hacía uso casi en exclusiva del pequeño vehículo.

Estaba amaneciendo. La niebla sumergía a las calles en una atmósfera gélida, plenamente invernal. Una capa de escarcha blanqueaba los parabrisas de los coches aparcados por las calles. Los viandantes se apresuraban por las aceras,

bien abrigados, exhalando por sus bocas efímeras nubecillas de vapor. Una legión de barrenderos se afanaba en eliminar los restos de una juerga que, para los más recalcitrantes carnavaleros, todavía no había concluido.

Daniel se detuvo ante un semáforo en rojo y aprovechó para subir el cristal de la ventanilla, que tendía a bajarse por las vibraciones. Apenas podía soportar el dolor de cabeza. El ruido del tráfico, un cúmulo de sensaciones caóticas, atacaba sus sensibilizados sentidos y alcanzaba su cerebro como una interminable sucesión de dolorosos disparos. Reanudó la marcha y atravesó el puente del Poniente. Luego rodeó los jardines de la plaza del mismo nombre, antes de girar a la izquierda para enfilarse, unos metros más allá, por la calle de María de Molina. Se preguntaba qué le

querría su padre para haberle despertado tan temprano.

Las oficinas de Industrias Cuadrado estaban situadas en la tercera planta de un edificio de los años cincuenta, entre un bufete de abogados y una clínica de adelgazamiento. Algunos se preguntaban cómo era posible dirigir desde ese cuchitril de noventa metros cuadrados la actividad de cinco fábricas, la división distribuidora, que comprendía dieciséis almacenes repartidos por toda Europa, y la administración de incontables negocios financieros con intereses en los cinco continentes. El señor Cuadrado lo lograba y jamás se le había pasado por la cabeza la idea de trasladarse a Madrid, a alguno de los modernos edificios de oficinas que se levantaban en la periferia de la capital, un lugar más idóneo para hacer negocios,

como decían algunos de sus amigos.

Daniel entró en el recibidor y saludó a Berta, la secretaria, una mujer soltera de unos cuarenta años. Luego pasó sin llamar al despacho de su padre, privilegio que sólo poseía Julián, el abogado; los demás tenían que ser anunciados previamente por la secretaria, a través del interfono.

Su padre estaba hablando por teléfono. Para el señor Cuadrado, el teléfono era la herramienta más eficaz que se había inventado para los negocios, mucho más que el ordenador, un artilugio del demonio, que no acababa de entender. El teléfono le permitía gestionar sus asuntos cómodamente desde su ciudad. ¿Qué necesidad tenía de trasladarse a Madrid? Para eso estaba ese aparatito, la «magia de Bell», como él lo llamaba, con el que

podía hablar con cualquier lugar del mundo sin moverse de su sillón.

Mientras su padre despachaba la llamada, Daniel paseó por la luminosa estancia, que había sido reformada meses atrás: sus paredes, libres de los tenebrosos paneles de caoba colocados en los años setenta, lucían ahora claras y brillantes, como espejos. Por su parte, el desgastado parque había sido sustituido por unas losetas de mármol a juego con las paredes. Una gruesa alfombra de lana, junto al sofá, ponía la nota cálida en la fría decoración. A Daniel se le vino a la mente el recuerdo de sus días infantiles, cuando jugaba a dirigir ficticias empresas entre las cajoneras del viejo escritorio de roble, con papeles usados y teléfonos de juguete, impaciente por dirigir algún día las empresas de su padre. Por entonces aún quería ser como

su padre, un hombre eficaz, casi omnipotente, que hacía que sucedieran cosas buenas a su alrededor. ¿Qué fue lo que le hizo cambiar de opinión? ¿Qué fue lo que le impulsó a desdeñar la carrera de Económicas, que su padre le había asignado, para elegir, en su lugar, una carrera de letras: Geografía e Historia?

El señor Cuadrado despidió por fin la llamada y se desprendió de su sonrisa profesional con la que se ganaba la confianza de sus contrincantes en los negocios. Miró a su hijo, que acababa de sentarse frente a él. Seguro que no le pasaron inadvertidos los signos de la fiesta nocturna, impresos en el ojeroso rostro del muchacho, libre ya de la máscara de mosquetero.

El cerebro hipersensible de Daniel, que sabía cómo se las gastaba su padre y lo que éste opinaba de las noches de des-

enfreno, esperó la consabida reprimenda como quien espera la explosión de una bomba atómica. No obstante, tal explosión no se produjo.

—¿Qué tal lo pasamos anoche? —fueron las palabras, casi amistosas, con las que su padre comenzó la conversación.

—Bien —respondió Daniel, a la defensiva. Sospechaba que su progenitor no le había hecho acudir a su despacho para preguntarle por el baile de máscaras.

El señor Cuadrado se levantó y se acercó a una pizarra que reposaba sobre un caballete de madera.

—¿Alguna vez te has preguntado cuál es el activo más importante de Industrias Cuadrado? —le preguntó a su hijo, de sopetón.

¿El activo más importante de Industrias Cuadrado? Daniel iba a empezar a

pensarlo, mas su padre siguió hablando:

—¿Crees que es la fábrica de Muebles Metálicos con la que empezamos? Pues no. Tampoco es ese paquete de acciones que nos da derecho a sentarnos en el consejo de administración de cinco compañías, ni mucho menos los quinientos empleados que tenemos en nómina; esa panda de vagos es perfectamente sustituible.

En la pizarra dibujó la cuadrícula de una gráfica.

—Lo que impulsa a Industrias Cuadrado —siguió diciendo— es algo que está pero que no se ve; es eso que algunos llaman los *activos intangibles* de la empresa. ¿Y cuáles son esos activos? —era otra pregunta que respondió el propio señor Cuadrado—: Llámalos confianza, reputación, estima, renombre... Yo lo llamo sencillamente *credibilidad*, porque la credi-

bilidad conlleva todo eso y mucho más...

Daniel ignoraba adónde pretendía llegar su padre con ese sermón mañanero, pero hubiera asegurado que estaba a punto de soltar algo de cierta trascendencia.

—Nadie puede medrar en solitario —continuó el señor Cuadrado—. Necesitas que otras personas creen en ti y en tus proyectos, por eso necesitas credibilidad. Con la credibilidad no puedes engañar a nadie: la tienes o no la tienes; es de las pocas cosas que no podrás comprar con dinero; la vas ganando poco a poco —comenzó a trazar una línea ascendente en la gráfica—. Puedes tardar décadas en obtenerla. Pero la puedes perder en menos de un minuto —remachó, dibujando un brusco tramo hacia abajo.

Daniel intentaba prestar atención, pero su mente tendía a resbalar a un estado ra-

yano en la inconsciencia. Sólo se despa-
biló cuando oyó que su padre comentaba
algo acerca de la dignidad: le repugna-
ba darse cuenta de lo fácil que resultaba
cambiar en cualquiera de las frases de su
padre la palabra «dignidad» por otra pa-
labra mucho más sucia: la palabra «dine-
ro». Al parecer, la dignidad sí que podía
comprarse con dinero: había que trabajar
duro y esforzarse para tener dinero y vivir
con dignidad.

—...Tú no eres como los demás —pro-
siguió su padre—. Tú eres un afortunado.
Lo tienes todo. No vas a tener que empe-
zar de cero; lo más difícil ya está hecho.

El hombre tomó asiento en su confor-
table sillón de cuero, apoyó los codos en
la mesa y, juntando las yemas de sus de-
dos, desvió el curso de su monólogo ha-
cia asuntos menos abstractos:

—Te he mandado llamar porque ya es hora de que sepas lo que vas a hacer dentro de unos meses, en cuanto acabes la carrera.

Daniel pensó en el cuarto que estaba al lado de ese despacho; de momento se empleaba como trastero, pero él se lo imaginó amueblado con una mesa moderna, una confortable butaca de cuero y una alfombra gruesa y mullida.

—Lo he dispuesto todo para que te pongas a las órdenes de la señorita Berta —le dijo su padre—. Ella te mostrará cómo funciona la centralita. Tu primer cometido consistirá en responder las llamadas telefónicas y en recibir a las visitas.

Daniel abrió los ojos estupefacto. No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Vas a poner a tu hijo... de recadero?

—¿Acaso creías que ibas a trabajar de ejecutivo desde el primer día? —el señor Cuadrado soltó una leve carcajada que hirió a Daniel en lo más hondo de su amor propio—. No sabes nada de Industrias Cuadrado; no tienes ni idea de lo que te espera. El mundo de los negocios es una selva, hijo, aunque, por suerte, aquí no suele ganar el más fuerte; aquí gana el más listo o el más rápido. Es fundamental que empieces por el escalón más bajo; ¿cómo vas a valorar si no el trabajo de tus empleados? Cuando domines la secretaría acompañarás al señor Sanz en los trámites burocráticos. Más tarde, Julián te pondrá al tanto del aparato jurídico y comercial. Estoy convencido de que en seguida estarás a mi lado, tratando con auténticos tiburones. El trabajo duro te colocará, cuando menos lo pienses, en

este despacho.

El trabajo duro... o tu úlcera gástrica, viejo avaro. De chico de los recados a Director General... en menos de un minuto.

Aún no habían dado las nueve cuando Daniel llegó a la facultad y buscó a Sandro entre los asientos de la biblioteca, que estaba medio vacía. Su amigo, con gesto preocupado, le devolvió los manuscritos.

—Yo que tú me iría ahora mismo a ver a tu primo Juan, a ver si a él se le ocurre lo que pueden significar los versos del encabezamiento —le dijo con gravedad.

—No te preocupes —respondió Daniel—. No pensaba hacer otra cosa.

Recogió los manuscritos y se dirigió al departamento de Moderna y Contemporánea, concretamente al despacho que ocupaba su primo Juan, profesor titular de *Paleografía y Diplomática*.

A Juan le extrañó la presencia de su primo en el departamento a esa hora tan temprana y no le pasó inadvertida la sombra de preocupación que enmarcaba los cansados ojos del muchacho, más allá de los normales estragos de una noche de desenfreno.

—A juzgar por tu ruinoso aspecto la fiesta de anoche debió estar de miedo —le dijo.

Daniel tomó asiento ante su primo y se masajeó las sienes con los dedos, un gesto que resultaba elocuente.

—No estuvo mal —respondió.

Juan se hurgaba las uñas con una pequeña daga veneciana. Sus pequeños ojos, oscuros como el ébano, contrastaban con la enfermiza palidez de su rostro, fruto de miles de horas de encierro en lóbregos archivos y bibliotecas indagando entre pol-

vorientos legajos y libros antiguos.

—Me han dicho que Diana fue la sensación de la noche —comentó.

—Al parecer, las noticias vuelan.

Juan se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—¡Cómo te envidio! —exclamó—. Con esa criatura celestial a tu lado ¡quién desea el dinero de tu padre!

—No sé a qué dinero te refieres —le rebatió Daniel. Era la cuarta vez en menos de doce horas que alguien le recordaba lo dichoso que debía sentirse por ser quien era.

—Ya comprendo —rectificó Juan, que captó la carga de tristeza que había en esas palabras—: El heredero, mientras es menor de edad, no se distingue en nada del esclavo, como dijo Pablo a los Gálatas.

—Ya conoces a mi padre.

—Y le tengo en muy alta estima. Me trató como a un hijo cuando faltaron mis padres. Es algo que no se puede olvidar.

Daniel exhaló un suspiro con el que pretendía dar por zanjado el asunto. Luego colocó delante de su primo los manuscritos del anciano y le puso al corriente de lo acontecido desde el viernes.

Juan solía recibir en su despacho a visitantes que llegaban con libros antiquísimos, títulos nobiliarios o pergaminos con texto ilegible que, según sus propietarios, tenían que valer millones en alguna subasta de relumbrón. Sin embargo, la mayoría de las veces y tras un análisis exhaustivo, resultaba que los documentos en cuestión no valían más que unos cuantos duros, y eso si hallaban comprador en el mercadillo dominical de los soportales de Cebadería. No obstante, el primer frus-

trado era el propio paleógrafo, que guardaba la secreta esperanza de que algún día alguien le presentara algo realmente valioso: algún documento inédito que no hubiera sido mancillado por las manos de ninguno de sus colegas y que contuviera un enigma intacto, una puerta cerrada que nadie hubiera traspasado aún.

—Vamos a ver —recapituló—. Me estás diciendo que un anciano te dejó estos manuscritos que, según Sandro, encierran una amenaza, y que anoche apareció un anónimo en tu jardín. —Su voz brotaba serena y bien timbrada; la voz de quien es capaz de resolver cualquier problema—. Aquí hay dos cuestiones —continuó—, y antes de establecer alguna relación entre ellas, es preciso analizarlas por separado.

Previendo que la visita se iba a prolongar, el profesor apagó el ordenador y se

dispuso a estudiar los papeles, pasando las páginas una a una, con el gesto concentrado.

—Veamos, ¿qué te sugiere el tipo de papel?

Señaló una de las hojas sueltas de la *Odisea* y Daniel sacudió la cabeza, contrariado.

—Yo diría que por lo menos tiene doscientos años —se limitó a responder. Esa mañana su mente no estaba para acertijos.

—Observa la quebradiza textura de este papel. Vamos Nelito, ¿no te dice nada?

Daniel se revolvió en su asiento. Detestaba ese estúpido diminutivo, pero prefirió dejarlo pasar.

—Misterios y cosas raras es lo que veo, pero por favor —suplicó—, no me

obligues a pensar.

Juan prosiguió el análisis de la superficie alabeada del papel ayudándose con una potente lupa.

—El hecho de que la letra sea manuscrita no significa que nos encontremos ante un ejemplar previo a la imprenta —dijo—; eso puede ser engañoso a la hora de una posible tasación.

—No te estoy pidiendo que me tases nada —protestó Daniel, que en ningún momento había considerado el valor pecuniario de esos viejos papeles.—. Sólo quiero que me digas qué pueden significar los versos que hay en la portada.

Juan depositó la lupa en su estuche y mostró a Daniel uno de los folios.

—¿Es que no te das cuenta? —una mueca de estupor se dibujó en sus facciones—. Ese anciano te ha dejado una ver-

sión en latín de la *Odisea*, tal vez del siglo XVI. ¡Podría valer una fortuna!

Daniel se fijó en los negros ojos de su primo. Nunca había reparado en el hecho de que esa mirada sombría pudiera ser escrutada igual que escrutaba la mirada de un desconocido. No obstante, su primo no era un desconocido; a Juan le conocía desde siempre, quizá por eso le costaba desprenderse del prejuicio connatural del parentesco y hacerse una idea cabal de lo que expresaban sus ojos.

—¡Esto es magnífico! —musitó Juan, que barrió con la lupa la superficie del primer folio.

—¿Es preciso un análisis tan detallado? —rezongó Dani.

—¿Por qué íbamos a empezar la casa por el tejado? En el detalle aparentemente más insignificante podría esconderse

la clave del misterio. Además, como lo más probable es que nuestra ignorancia nos impida aclarar a primera vista lo que ocultan estos papeles, lo más coherente es que atendamos primero a las preguntas que ya tienen respuesta.

—¿Y qué preguntas tienen *ya* respuesta?

—Para empezar, el papel. Por lo quebradizo de su textura parece muy antiguo; sin embargo, el texto en latín de la *Odisea* pudiera no serlo tanto. Y fíjate en estos comentarios. —Juan señaló las glosas que alguien había rasgueado en los generosos márgenes—. Texto y comentarios. Como ves, se aprecian dos manos distintas; aunque no debemos dar tal posibilidad por sentada: una misma mano puede trazar varias caligrafías diferentes, y lo mismo al contrario.

Daniel tomó una de las páginas y observó su contenido con la lupa, como hacía en las clases de *Paleografía*. Primero paseó la vista por la rugosa textura del papel. Después se detuvo en el texto de Homero, escrito en bellos trazos de tinta negra, una caligrafía de rasgos regulares y redondeados, ligeramente inclinados hacia la derecha.

—¿Caracteres humanísticos? —aventuró sin mucha convicción.

—Pudiera ser —concedió su primo—; pero no lo podemos asegurar. Sin embargo, el tipo de letra de los comentarios del margen está más claro.

Daniel apenas logró desentrañar alguna palabra suelta de esas glosas, cuyos trazos se retorcían barrocos o se diluían en ilegibles manchones de tinta color gris ceniciento.

—Escritura cortesana, ¿no?

—En efecto —aprobó Juan—. Y si partimos de que tienes razón, la conclusión no puede estar más clara.

Hizo una pausa que supuso llenaría Daniel, pero éste no logró sorprender a su primo con una brillante respuesta.

—¡A ver si despertamos! —le reprendió el profesor—. Un crío de cuatro años habría descubierto ya la contradicción, una feliz contradicción, dicho sea de paso, pues nos ayuda a fechar el manuscrito.

Daniel arrugó la frente.

—No puede ser —dijo—. Si la letra humanística del texto es posterior a la cortesana de las glosas... ¿Insinúas que las glosas fueron escritas *antes* que el propio texto?

—Nadie suele comentar un texto que no existe —dijo el profesor—, pero por

ahí va la cosa. Supón que las glosas, como es normal, sean posteriores al escrito principal —razonó—. ¿Conclusión? Pues que el autor de las mismas perteneció a la última generación que utilizó la escritura cortesana cuando ya se extendía la humanística que, como sabes, se fue perfeccionando hasta alcanzar los rasgos de la caligrafía actual. Por tanto, y sin ánimo de ser exactos, pues la exactitud no es patrimonio de esta disciplina, ya puedes fechar de manera aproximada tanto el manuscrito como los comentarios.

—Finales del siglo XV y principios del XVI —apuntó Daniel, con muchas reservas.

—Más o menos —concedió Juan—. Veamos ahora esas frases que tanto miedo le inspiran a tu colega Sandro. —Tomó de nuevo la lupa y la aplicó al mensaje de la

primera página—. Para empezar, tanto la caligrafía como la tinta, de color marrón desleído, son diferentes a las del texto y las glosas, luego, lo más sencillo es suponer que dichas frases fueron escritas por una tercera persona.

Tendió a su primo el primer folio para que lo leyera.

—«*¿Eres tú Eurímaco? Mira que Teoclímeno te espera y la impaciencia ya hace mella en su ánimo...*»

Juan le interrumpió:

—No deseo ofenderte, pero habrás observado que lo has leído sin dificultad. ¿Eso no te dice nada?

—Que se trata de la escritura más reciente del documento —dedujo el muchacho—: la escritura más moderna suele ser la de más fácil lectura.

—Lo cual no es ningún dogma —atajó

el paleógrafo—. No querido primo; la letra no mejoró de forma generalizada desde el siglo XVI, ya te lo adelanto: si no, intenta leer las recetas de tu médico.

Daniel trazó una leve sonrisa.

—¿Y a qué época pertenecen esos versos? —inquirió.

—Considerando que la opción menos rebuscada casi siempre es la más probable, yo diría que, por los rasgos y por el tipo de tinta, tienen no menos de doscientos años.

Daniel dio un respingo en su asiento. ¡Doscientos años! Sacó de su carpeta el sobre nacarado que había encontrado en su jardín y extrajo una cuartilla de su interior, que colocó ante su primo, justo al lado del folio de la portada. Hasta un ciego hubiera apreciado la similitud que mostraba la pulcra caligrafía inglesa en

cursiva de ambos documentos; incluso el tono de la tinta —marrón pálido— parecía idéntico, al menos a simple vista.

—Encontré esto anoche. Estaba en mi jardín.

—«*El destino de Antínoo ya se ha cumplido*» —leyó Juan. Dio la vuelta al papel pero no ponía nada más—. Son dos escrituras muy similares—aceptó caviloso—. Yo juraría que han sido trazadas por la misma mano.

—Salvo que este papel verjurado no tiene pinta de tener doscientos años —advirtió Daniel.

Juan se fijó otra vez en el ejemplar foliado de la *Odisea*. Era hora de entrar en el fondo del mensaje, cuyo contenido leyó muy despacio: «...*Entonces, ¿deseas alcanzar a la bella Penélope? Tensa, pues, el arco de Ulises después de que llegue el*

Cronión con su rayo encendido.» Luego releyó el anónimo, en actitud reflexiva: «*El destino de Antínoo ya se ha cumplido.»*

—Sandro dice que esos versos de la *Odisea* encubren una amenaza —indicó Daniel—. Y ahora tenemos este anónimo tan raro... ¿No crees que podría haber por ahí alguien que dice ser Ulises y que ya habría cometido un asesinato?

Juan se echó a reír.

—No digas disparates. Si leemos la *Odisea*, en efecto, tu amigo tiene razón, el destino de Antínoo ya se ha cumplido; ¡hay que ver lo mal que acaba Antínoo!, el primero de los pretendientes en morir después de que Ulises tensara el arco y atravesara las doce hachas con una flecha. Luego le tocó el turno a Eurímaco. ¿Eres tú Eurímaco?

El rostro de Daniel se contrajo en una mueca de incertidumbre. Estaba seguro de que el asunto le incumbía a él.

—¿A que se refiere? —preguntó—
¿Qué quiere decir ese mensaje?

—No lo sé —fue la concisa respuesta de Juan, una respuesta que no satisfizo a Daniel—. «*Entonces es que deseas poseer a la bella Penélope*» —leyó el profesor al cabo de un rato—. Te aseguro que no entiendo nada.

El sol empezó a destellar en las gotas de condensación que escurrían por los cristales de la ventana; los últimos jirones de niebla se habían disipado, no así los interrogantes que aquellos papeles inspiraban en Daniel.

—¿Es posible que el anciano que me entregó los folios de la *Odisea* sea el autor del anónimo?

—No descartes que todo sea una carnavalada de mal gusto —quiso tranquilizarle Juan.

—No lo creo. Esto es demasiado sutil como para que se trate de una simple carnavalada. ¿Cómo explicas la presencia de estos manuscritos? Tú mismo has dicho que pueden valer una fortuna. —La mente de Daniel, enfebrecida por los vapores de la resaca, trataba de encontrar algún indicio de racionalidad—. Lo que más me preocupa es que ese tal *Ulises* sabe dónde vivo.

Juan volvió a sonreír.

—Toda la ciudad sabe donde vives —replicó—. ¡Si no hay revista nacional que no haya publicado un reportaje a todo color de la maravillosa decoración de tu casa!

—¿Y si resulta que yo soy el *Euríma-*

co ese, el segundo pretendiente que tiene que morir? ¿No crees que deberíamos ir a la policía?

—Te estás precipitando, primo. No tenemos más que unos papeles que, en el peor de los casos, sólo dan pie a burdas suposiciones. No puedes acusar a nadie por escribir que Ulises ha matado a los pretendientes. Se reirían de ti.

—¿Y qué podemos hacer?

—Para empezar, podrías leerte una traducción de la *Odisea* y así enterarte de qué va.

—¿Que me lea la *Odisea*? ¡Si es un coñazo infumable!

—Yo pensaba lo mismo que tú, pero ya la he leído varias veces.

—¿Has leído la *Odisea* varias veces?

—Daniel no concebía que alguien se hubiera leído más de una vez un libro que él

consideraba el sùmmum del aburrimiento.

—Cuatro o cinco veces —aseguró Juan—. Y también la *Iliada*. Cuanto más conoces esas obras, más te gustan. Las peripecias de Ulises son como un cuento; ¿a que nunca te has aburrido leyendo o escuchando un cuento aunque ya conocieras el final? Sabes que Ulises las pasa canutas por esos mares de Dios y que al final llega a su patria y hace justicia; te lo sabes de memoria pero no te importa; lo lees sólo por el placer de revivir una historia que acaba bien. Léela y ya me dirás qué te parece.

—Lo intentaré —concedió Daniel.

Juan recogió los manuscritos y se los devolvió.

—Deberías enseñarle este material al profesor Laredo —le sugirió—; es exper-

to en literatura griega. Yo no soy más que un simple paleógrafo; mi trabajo consiste en leer textos, no en interpretarlos. Pero antes de nada, averigua a qué linaje pertenece el escudo que hay en la portada. Quizá ahí tengas el hilo para ir deshaciendo la madeja.

—¡Estás loco! —exclamó Diana aquel mismo día, ya por la tarde, al ver aparecer a su novio entre los setos del parque de la Ribera, con un bulto blanco y peludo entre sus brazos.

—Te aseguro que no admiten devoluciones —dijo él al llegar a su lado.

La chica acogió al tembloroso cachorro de golden retriever y lo acurrucó contra su mejilla, arrebolada por el frío. Ahora se explicaba por qué su novio la había citado aquel gélido atardecer en los vacíos jardines, junto a la escalinata del Semina-

rio. Como pago, ella le dio un beso en la mejilla, o más bien le rozó con sus labios ateridos, y Daniel deseó cambiarse por el perrito, que estaba recibiendo toda la atención de su nueva y amorosa dueña.

—Conseguirás que me sienta celoso —protestó—. Ni siquiera me has dado un beso en toda regla.

Todavía estaba sorprendido de que Diana, la empollona de la clase, un modelo de perfección a imitar, hubiera bebido hasta perder el control, y no podía dejar de sentirse culpable. Tal culpabilidad había sido la razón por la que había vaciado su cuenta de ahorros en la pajarería.

—Mi madre me va a matar cuando me vea entrar en casa con este animalito —musitó la chica, sin dejar de hacerle mimos a la blanda esfera algodonosa.

—Cuando conozca su pedigrí me en-

cargará una hembra para que perpetúe su regia estirpe —dijo Daniel.

Permanecieron unos minutos mirando al cachorro, sin decirse nada. Un viento helado, que soplaba directamente del polo, sin intermediarios, encrespaba las plateadas aguas del Pisuerga y agitaba las deshojadas ramas de los árboles. A unos metros de allí, unos pocos niños jugaban al escondite entre setos y parterres huérfanos de flores. Por el paseo superior, algunos viandantes paseaban a sus perros, los verdaderos amos del parque en invierno. Durante unos minutos, el sol asomó entre las nubes, cercano ya a la línea del horizonte. Daniel se preguntó si el astro rey lograría algún día espantar los fríos polares que azotaban la ciudad. No obstante, la efímera presencia del sol le hizo revivir: su mente empezaba a salir del túnel

en el que la había confinado la abundante ingesta de champán, la noche anterior.

El disco solar se fue volviendo anaranjado antes de caer en un lecho de nubes violáceas, que en seguida se tornaron grises y pesadas. Unos patos atravesaron el cielo; Daniel hubiera querido preguntarles por qué no emigraban en busca de un clima más benigno, ellos que podían. El misterioso e irracional comportamiento de las aves le recordó otro misterio mucho más oscuro: el sobre nacarado que permanecía en su bolsillo, una carga pesada de la que no se iba a librar aunque lo arrojara al Pisuerga.

Afortunadamente, Diana estaba a su lado, y no podía permitir que nada arruinase la placidez de ese momento, ni mucho menos una preocupación que, como decía su primo, bien podría resultar infundada.

Lo peor eran las desgarradoras pulsaciones de dolor que aún martilleaban contra sus sienes. Su novia no estaba mucho mejor, lo cual no era ningún consuelo.

Entraron en el «Karnak» y Lolo, el camarero, les sirvió un par de aspirinas efervescentes con sendos vasos de agua. Diana, que apretaba al cachorro contra su pecho, alzó el suyo con la aspirina en plena efervescencia.

—Brindemos por tu irresponsabilidad con una copa de «mágicas burbujitas» —dijo con ironía.

—¿Acaso fui yo quien te obligó a beber? —se defendió Daniel, removiendo con una cucharilla la tableta que se disolvía en el agua de su vaso.

—Por supuesto que no —admitió ella—. Pero reconoce que estuviste muy

convinciente a la hora de recomendarme las dichas burbujitas.

Lolo vertió un poco de leche en un cenicero limpio y se lo dio al cachorro, que lo lamió con avidez. Enseguida el animal se convirtió en la indiscutible estrella de la velada. Aurora, una compañera de clase de Diana, lo tomó en sus brazos disputándosele el resto de sus amigas. Las muchachas solían reunirse a diario en el bar, tras haber pasado la tarde estudiando en la biblioteca de Filosofía.

Daniel dejó a su novia con sus amigas y se acercó al rincón donde estaba sentado Sandro, tras el follaje de un ficus trepador que colgaba de una maceta. Un mare mágnum de folios, libros abiertos, lápices y bolígrafos cubría el cristal de la mesita de bambú. En un vaso se fundían unos cubitos de hielo junto a una rodaja

de limón.

Sandro apenas levantó la vista de una reproducción de la primera página del manuscrito, que había fotocopiado antes de devolvérselo a Daniel, esa misma mañana. Sobre sus rodillas reposaba uno de los voluminosos tomos de la *Heráldica Patronímica Castellana*, procedente de la biblioteca.

—Podría pertenecer a los Álvarez de Mendoza —indicó, refiriéndose al escudo que encabezaba los versos. Lo había estudiado con una potente lupa, pero era incapaz de discernir las irregulares figuras representadas a ambos lados de la diagonal que formaba la espada.

—¿Y no podría tratarse de un fallo de impresión y que ahí sólo haya una espada? —conjeturó Daniel.

—Imposible —atajó Sandro—. En

heráldica no existen fallos tan burdos. A ambos lados de la espada hay dos objetos, no te quepa duda. ¿Qué representan? Eso es lo que no sabemos.

—Pues en el original no se ve mucho mejor —aseveró Daniel.

El camarero les sirvió dos vasos de refresco y un plato con patatas fritas.

—Lo que es evidente —remachó Sandro, haciéndose con uno de los vasos— es que se trata del escudo de un marqués: lo timbra una corona de oro con círculo engastado de pedrería, tres florones vistos y dos grupos de tres perlas.

Daniel consultó uno de los libros abiertos que había sobre la mesita.

—En el escudo de los Álvarez de Mendoza la espada aparece siniestrada, no adiestrada —señaló—. Si supiéramos lo que representan esos motivos laterales...

—Podrían ser bezantes, o montes, o escusones, una especie de escudos dentro del escudo, cosa por demás lógica: la espada y los escudos, los símbolos genuinos del caballero. Sin embargo —las palabras de Sandro se cargaron de pesimismo—, no viene nada parecido en el *Diccionario Heráldico*.

—Lo que sí que está claro —dijo Daniel— es que esas dos cosas, sean lo que sean, están rellenas de puntitos, que en heráldica representan el oro.

Su amigo tomó entre sus dedos una patata y la observó con un brillo de codicia en sus ojos, igual que si estuviera contemplando un doblón.

—¡Un monte de oro! —exclamó—. Sugerente, ¿no crees?

Daniel se revolvió en su asiento. *El destino de Antínoo ya se ha cumplido.*

—Siniestro diría yo.

Su voz rezumaba funestos presagios, pero Sandro no los percibió: acababa de hacer acto de presencia la chica del bolso amarillo, puntual, como siempre. La chica depositó su enorme bolso encima de uno de los veladores, se desabrochó el anorak, haciendo que su melena rubia descendiera como una cascada sobre su suéter rojo de mohair, y se acercó a la barra a pedir un café. Su faldita tableada, que llevaba por encima de la rodilla, le daba un aire de sofisticada colegiala.

Habían pasado dos meses desde que Sandro se fijara en ella por primera vez. Fue el veintiuno de diciembre, a las siete de la tarde; jamás iba a olvidar esa fecha ni esa hora. Hasta ese día, su actitud hacia el sexo femenino no había pasado de una casta admiración por alguna de sus

compañeras de clase. Pero cuando vio a la chica del bolso amarillo, algo se removió en su pecho y desde entonces acudía al «Karnak» todos los días, se acomodaba en uno de los butacones del fondo a esperarla y, cuando ella llegaba, se pasaba largos ratos mirándola con disimulo por encima de sus cuartillas, soñando que la abrazaba y que experimentaba una sensación cálida y esponjosa entre esos suéteres de angora que ella solía ponerse.

Ajeno a la tormenta de sentimientos que avasallaban a su amigo, Daniel notó que algo extraño estaba arraigando en los aledaños de su mente, algo que le hacía desconfiar de todo y de todos.

—¡Por qué no me he dado cuenta antes! —exclamó de pronto.

Lanzó a su amigo una mirada tan intensa como acusadora. Ya tenía la solución.

El anciano no le había llevado los papeles a *él*; había ido a llevárselos a Juan, el experto. ¿Y el anónimo? Aparte del anciano, Sandro era el único que conocía los manuscritos. ¿Habría sido Sandro el autor del anónimo?

—Tuviste ocasión y motivo —le espetó, abanicando el aire con el sobre nacarado que había sacado de su bolsillo. Pero llegado a este punto, enmudeció unos instantes—. ¿Por qué no pienso un poco? —se apresuró a rectificar antes de que su amigo creyera que había perdido el juicio. Había librado demasiadas batallas junto a Sandro como para no saber que éste era transparente como una gota de agua y que esa clase de bromas no formaba parte de su arsenal de divertimentos.

Sonaron unas risas abruptas en una de las mesitas aledañas: era la chica del bol-

so amarillo, que se reía de algo que acababa de decirle una amiga suya.

—¿D-dónde estaba esto? —tartajó Sandro, señalando el sobre firmado por *Ulises*.

—Al parecer, alguien se está tomando demasiadas molestias —explicó Daniel—. Y puede que no sea con intención de divertirse.

Sandro leyó en silencio el escueto contenido del anónimo.

—¡Guau! ¡Esto toma un cariz impresionante! —exclamó.

—¡No me lo puedo creer! —atajó Daniel, indignado—. Alguien me está amenazando de muerte y tú te frotas las manos.

—¡Esto es un acertijo! ¿No te das cuenta? ¡Y alguien quiere que nosotros lo resolvamos!

—Utilizas el *nosotros* con demasiada alegría. Soy yo quien ha recibido el anónimo. ¿Has olvidado ya quién fue Antínoo?

—Cómo lo iba a olvidar. Fue el primero de los pretendientes en morir bajo la furia ciega de Ulises.

—También sabes que Eurímaco fue el segundo, ¿verdad? —Daniel bajó la voz—. Al parecer, yo soy *Eurímaco*.

—Aún no sabemos que haya muerto ningún *Antínoo* —dijo Sandro—. Quizá estamos sacando conclusiones demasiado precipitadas y deberíamos...

Sandro no terminó la frase. Su amigo le arrebató el sobre, lo plegó y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Se acercaba Diana con el cachorro en sus brazos.

—La clave está en esas dos figuras —observó Daniel, volviendo a la cuestión

del escudo.

—Tienen toda la pinta de ser montes de oro —estimó Sandro.

—Es obvio que no son montes de oro —les interrumpió Diana, sentándose junto a su novio.

Sandro se desentendió del escudo y empezó a acariciar el lomo del cachorro, que dormitaba en el regazo de su dueña.

—Es un regalo de Dani —le aclaró la muchacha.

—¿Y cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre.

—Pues algo hay que llamarle —terció Daniel.

—¡Eso es! —exclamó Sandro—. *Argo*. Llamadle *Argo*, como el perro de Ulises.

—Muy apropiado —dijo Daniel, sarcástico.

—*Argo* —pronunció Diana—. Pues no

suenan nada mal. Desde ahora te llamarás *Argo* —dijo. Alzó al animal y lo besó en su negro hocico, en una improvisada ceremonia bautismal.

Daniel la miró con desaprobación. Ignoraba si lo que más le molestaba era ese beso, que le hacía sentir absurdos celos hacia el animal, o que ella hubiera aceptado un nombre que a él le sonaba de lo más ridículo.

Diana retornó al asunto del escudo, creyendo que se trataba de una práctica de *Heráldica*, una de las asignaturas de Historia Medieval que compartía con Sandro.

—Miradlo bien y decidme en qué se parecen esas cosas a montes de oro— dijo—. ¿No creéis que más parecen cofres?

—Pues, ahora que lo dices, tienes ra-

zón —reconoció Daniel—. Parecen cofres.

—¡Cofres de oro! —exclamó Sandro—. Suena muy bien.

La chica se apoderó del volumen de *Heráldica Patronímica*, que reposaba en el suelo, y hojeó las últimas páginas.

—Aquí está —dijo, y les mostró victoriosa la reproducción a todo color de un escudo que representaba una espada siniestrada. Perteneecía a los Gelmírez, marqueses de Villafarruel.

—Aquí sólo hay una espada —objetó Sandro—. ¿Qué pasa con los cofres? Además, el fondo de nuestro escudo es de plata y aquí el fondo es de gules.

Diana colocó la copia del escudo delante de sus narices.

—¡Arca de oro sobre fondo de plata! ¿Desde cuándo que en un escudo se super-

ponen dos metales, oro y plata? —replicó la chica, triunfante—. Parece mentira que hayas olvidado algo tan básico en heráldica. Mira, no hace falta una lupa para distinguir el rayado vertical del fondo, que representa el rojo o gules. —A continuación tomó el libro y empezó a leer—: *«El Solar de los Villafarruel ocupó, grosso modo, las tierras del actual municipio homónimo. Los Reyes Católicos concedieron el marquesado a don Enrique Gelmírez de Montalvo por sus servicios en la conquista de Granada. Hasta el siglo XVIII los señores de Villafarruel gozaron del favor de los monarcas hispanos...»*

Ahí se detuvo, pero Daniel pidió que siguiera leyendo y ella le miró extrañada; ¿a ton de qué se interesaba su novio de forma tan vehemente por unos marqueses desconocidos?

—No dice mucho más —respondió, y terminó de leer, muy intrigada—: «... *Unas arcas de oro se añadieron al escudo cuando don Alejandro Gelmírez casó con doña Catalina Feijoo, la rama gallega de la familia, quizá aludiendo a un tesoro del que sólo han llegado los ecos de una leyenda.*»

La palabra «tesoro» hizo saltar algún resorte en el dolorido cerebro de Daniel. «*Entonces es que deseas poseer a la bella Penélope*». La bella Penélope. ¿La metáfora de un tesoro? Le arrebató el libro a Diana, pero no venía más información acerca de los Villafarruel y ella notó su decepción.

—¿Por qué me da que me estáis ocultando algo? —preguntó la chica, dirigiéndose a Sandro, que esa tarde parecía mucho más comunicativo que de costumbre.

—Puede que nosotros estemos tras la pista de ese tesoro —replicó éste.

Daniel fulminó a su amigo con la mirada.

—No hagas caso. Son sólo unos manuscritos —musitó, y se los mostró a su novia, que comenzó a examinarlos con evidente curiosidad.

IV. De laberintos y Minotauros

«Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nací.»

(H. D. Thoreau. *Walden*)

Las clases del miércoles no resultaron más aburridas que de costumbre. Daniel, presa de los últimos rescoldos de la resaca, las soportó con la resignación ha-

bitual, y a la salida se escabulló hasta el cuarto piso de la facultad, donde se hallaba el departamento de Clásicas.

Nunca había estado en ese departamento, un salón rectangular, algo más reducido que el de Moderna y Contemporánea, cuyas paredes se hallaban revestidas de estanterías con libros y alguna copia en escayola de esculturas antiguas. Al fondo, entre los casilleros de las fichas, había tres puertas, una de las cuales correspondía al despacho del doctor Martínez Laredo, catedrático de Literatura Griega. Daniel se acercó y golpeó tres veces con los nudillos. Le pareció oír un apagado «adelante» y entró en una penumbrosa y abigarrada estancia repleta de libros: cientos de volúmenes de todos los tamaños y calidades, guardados en vetustos anaqueles de caoba o depositados en ines-

tables pilas que brotaban del suelo como la mala hierba en un jardín abandonado. Una alfombra roja, deshilachada, cubría parte de la tarima sobre la que reposaba una modernísima máquina fotocopidora. En la mesa, al lado de una máquina de escribir había más libros: tres torres como esbeltas almenas, tras las cuales se hallaba encastillado el doctor Laredo, envuelto en el humo de un cigarrillo.

—¿En qué puedo serle útil? —le preguntó el doctor, con la voz catarrosa propia de un fumador empedernido. Frisaría en los setenta años y vestía un aséptico traje gris con chaleco. Un delgado bigote, uncido como un yugo sobre su labio superior, le daba cierto aire castrense.

Daniel no sabía por donde empezar. Depositó los manuscritos sobre la mesa sin decir una sola palabra y tomó asien-

to en una silla muy baja, que le obligaba a mirar hacia arriba para ver al profesor. Éste tomó entre sus manos los papeles y leyó entre dientes los versos que hablaban de Eurímaco, de Teoclímeno y de Penélope.

—¿Dónde ha encontrado esto? —preguntó, con un tono lúgubre. Los culos de vaso de sus gafas aumentaban el tamaño de sus ojos y le conferían a su mirada una fiereza que Daniel no era capaz de sostener.

—Un anciano me lo dejó en el departamento de Moderna. Perdone que no me haya presentado, soy...

—Sé perfectamente quién es usted —le cortó el doctor, con la aspereza de quien se siente importunado.

A Daniel le sobrevino la imperiosa necesidad de abandonar la atmósfera opresi-

va de aquel antro y salir a la calle a llenar los pulmones de aire puro. Pero no podía irse. Uno no puede entrar en un despacho y marcharse, sin más; eso sólo lo hacían los locos, los caraduras o los maleducados, y Daniel no se consideraba dentro de ninguna de esas tres categorías.

Laredo dejó caer las gafas sobre el caballete de su carnosa nariz y volvió a centrarse en el contenido de los manuscritos. Empezó a pasar las páginas con parsimonia, atusándose con los dedos las guías de su bigotín, y al llegar a los últimos folios, después de unos diez minutos de suspense, su ceño se frunció, como si hubiera detectado algo que no debería estar ahí. Hizo una pausa para encender un cigarrillo con su chisquero de oro y, tras un acceso de tos bronquial, retornó a la primera página, donde se demoró otro

minuto, antes de romper el expectante silencio, traduciendo del latín algunos de los versos de Homero:

*...Arrasado por fin el alcázar excelso
de Príamo,
con su parte de presa y honor, embarcó
en su navío
sin sufrir ningún daño: no herido por
lanza de bronce
ni alcanzado tampoco de cerca, cual
suele en la guerra ocurrir
tantas veces, que es ciega la furia de
Ares...*

—Por lo que veo, el pobre Odiseo está todavía muy lejos de Ítaca —aclaró Laredo—, nada menos que en el Hades, la casa de los muertos. ¿Le importaría decirme dónde están las páginas que le faltan

a esta *Odisea*?

—Eso es todo lo que tengo —respondió Daniel, perplejo ante el tono despectivo utilizado por Laredo.

Éste dejó de jugar con el encendedor y revisó algunos de los folios. Parecía contrariado.

—¿No estará usted tratando de engañarme? —le espetó de pronto. Sus amenazadores ojos parecieron agrandarse aún más.

Daniel pensó que recoger los manuscritos y largarse de allí ya no era incurrir en un acto de mala educación. Aquello ya era demasiado. ¿Por qué tenía que confiar en un antipático doctor, por muy catedrático que fuera? No soportaba que le trataran como a un niño impertinente. No obstante, decidió dominarse: al parecer, aquel individuo tan maleducado había en-

contrado algo que su primo Juan no había sido capaz de ver, y tal vez de ello llegara a depender su propia vida.

—Ya le he dicho que eso es todo lo que tengo —respondió, imprimiendo a su pronunciación el tono de impaciencia que su orgullo exigía—. Pero ahora que me acuerdo, el anciano que me entregó los papeles me dijo que unos niños habían quemado las últimas páginas.

El profesor le mostró la portada del documento.

—Usted sabe leer, ¿no? —su rostro perfiló una sonrisa cínica, casi insultante—. Habrá leído lo que pone aquí.

—«...Tensa, pues, el arco de Ulises después de que llegue el Cronión con su rayo encendido» —leyó Dani, y añadió sarcástico—: ¿Ve cómo sí que sé leer?

Laredo le miró como quien mira a un

manjar antes de comérselo.

—Supongo que usted habrá leído la *Odisea*.

—Pues no —el tono adoptado por Daniel resultó petulante.

El profesor soltó un resoplido.

—¡Qué hatajo de analfabetos estamos licenciando últimamente! —exclamó—. ¡Un humanista en ciernes que desconoce las raíces de su cultura...! Ya no le pregunto por la *Iliada*, un plato fuerte, sólo apto para paladares exquisitos. Pero, la *Odisea*... ¡una de las cumbres de la literatura universal!

Daniel se revolvió en su achaparrado asiento. No sabía qué decir, ni siquiera si merecía la pena decir algo. Se sentía como un enano ante las ciclópeas puertas de una fortaleza inexpugnable.

Fue Laredo el que intervino de nuevo:

—¿Cuántos años cree usted que podría tener este manuscrito?

—El profesor Cuadrado, mi primo, cree que ronda los quinientos años.

—Y a usted, en su juventud, quinientos años le parecerán una eternidad, ¿no es así?

No hubo respuesta. Laredo tampoco la esperaba. El profesor reanudó su perorata, más propia de un maestro a un escolar travieso que de un catedrático a un universitario de último curso:

—Quinientos años son una minucia si los comparamos con los casi tres mil años que contemplan los 12.110 versos de la *Odisea*. Debería saber usted que el poema de Homero nos ha llegado más o menos íntegro desde el siglo VIII antes de Cristo. Casi tres milenios y, ¡lo que son las cosas!, en apenas quinientos años, su

precioso códice manuscrito ya ha perdido más de la mitad de sus páginas. Porque aquí faltan algo más que unas pocas páginas, como usted cree. Cualquier alumno de quinto de Historia debería saber que, desde época antigua, tanto la *Iliada* como la *Odisea* constan de veinticuatro cantos. Aquí sólo hay once. Ya me dirá dónde está el resto.

Devolvió los manuscritos a Daniel y entrecruzó los dedos sobre la mesa.

—Si consigue que Odiseo logre salir de la casa de los muertos —dijo— quizá pueda ayudarle a descifrar ese mensaje de la portadilla. Pero es preciso que llegue el Cronión con su rayo encendido. El Cronión, o sea Zeus, hijo de Cronos, como usted debería saber, aparece con su rayo en varios pasajes de la *Odisea*, aunque juraría que aquí se refiere a los versos fi-

nales: después de que Ulises ha tensado su arco y se ha vengado de los que pretendían a su esposa. En fin —concluyó—; vuelva por aquí cuando Ulises haya salido de la casa de los muertos.

Las últimas palabras de Laredo sonaron en los oídos de Daniel como un desafío que estaba dispuesto a afrontar. «Ulises va salir de la casa de los muertos; ¡por supuesto que va a salir! —se prometió—, para que llegue el Cronión o lo que tenga que llegar!». En obstinación no había quien le ganara; en eso se salía a su padre. El Cronión iba a llegar, y él iba a regresar al opresivo despacho del doctor Laredo con los capítulos que le faltaban a su manuscrito de la *Odisea*, aunque sólo fuera para darse el gustazo de arrojárselos a la cara a ese viejo engreído. Pero para ello necesitaba encontrar al anciano; sólo el

viejo estaba en disposición de indicarle el paradero de las páginas que le faltaban a ese códice. Si al menos le hubiera preguntado cómo se llamaba, se lamentó.

Dejó el departamento de Clásicas y llegó hasta el rellano de los ascensores, por donde se habían extinguido, cinco días atrás, los pasos lentos y arrastrados del nonagenario. La pista se perdía en el vestíbulo de la planta baja. ¿Cómo averiguar el rumbo que había tomado el anciano en la fría y lluviosa noche vallisoletana? Entró en el ascensor tratando de recordar algún detalle de la breve conversación que mantuvo con él el viernes pasado. ¿No habló el viejo de una monja a la que calificó de «vieja fisgona», que no le hubiera dejado entrar en el asilo con esa porquería? ¿Cómo dijo que se llamaba la monja? Era la hermana... ¿Leonor?

¡Sí, eso era! ¡La hermana Leonor! Abandonó el ascensor en la planta baja con la seguridad de que ya tenía un indicio para empezar a moverse por el laberinto.

Se fue a casa y comió un tentempié a base de sobras frías. A continuación, sin más pausa que la necesaria para mirar el listín telefónico y tomar algunas notas, montó en el utilitario y se dispuso a visitar cada uno de los asilos y residencias de ancianos que había en su ciudad. Al entrar en cada uno de dichos establecimientos, preguntaba si había allí alguna religiosa que se llamara Leonor, pero siempre le respondían lo mismo: que allí no había ninguna Leonor. Entonces preguntaba por el anciano. Le pedían algún rasgo concreto y él mencionaba la gabardina verde oliva, los gruesos y sucios lentes, el nudoso bastón, la bufanda marrón y el

sombrero con la cinta roja. Aparte de eso, nada en especial, salvo que tales detalles, a excepción de la cinta roja en el sombrero, no correspondían a nadie en particular, sino al prototipo de todos los nonagenarios, para desesperación de Daniel, que no lograba ser más concreto. Finalmente, preguntaba por las defunciones, pero, al parecer, desde el viernes pasado no había fallecido ningún anciano que respondiera a su descripción.

Hacia las siete, tras visitar más de quince residencias y de telefonar a otras tantas, se rindió. Era como si el anciano que buscaba nunca hubiera existido, como si su recuerdo hubiera sido generado por una presencia onírica, surgida de los miasmas del tedio, un viernes por la tarde.

La infructuosa búsqueda, más que acallar su curiosidad, terminó acrecen-

tándola. Ahora sí que se encontraba ante un verdadero misterio, un asunto plagado de sugerentes interrogantes: ¿Quién le había entregado los manuscritos? ¿Era el mismo que había arrojado a su jardín ese sobre nacarado que iba adquiriendo un tacto maleable, casi textil, en uno de los bolsillos de sus pantalones?

—Todo esto es muy raro —dijo Sandro, acodado en la barra del «Karnak» frente a una jarra de cerveza—. Un misterioso anciano te regala un códice del siglo XV o XVI, un tesoro en sí mismo, con un mensaje que no puede ser más contradictorio: en alguna parte hay una «bella Penélope» que, por tu bien, no debes buscar si no quieres acabar como los pretendientes de la *Odisea*, muerto bajo la furia de algún chiflado que firma como *Ulises*, el cual da a entender que ya ha matado a

alguien. ¿A quién?

Daniel, ante su jarra, en la misma postura que su amigo, perdía su mirada taciturna en las irisaciones doradas del espumoso líquido.

—A quién... cuándo... por qué... — musitó decepcionado. Seguía estancado en el punto de partida, pero cada vez eran más los interrogantes que le inspiraban esos viejos papeles, demasiado viejos, se le antojó, como para creer que en sus quebradizas y amarillentas fibras aún se mantuviera activo algún mecanismo secreto al servicio del mal.

Acabó de relatar ante su amigo sus últimos y fallidos pasos desde que esa mañana abandonara el despacho del doctor Martínez Laredo, y su amigo le escuchó con atención... con toda la atención de la que es capaz quien extravía su mirada de

reajo en las sinuosidades de un regazo algodónoso: la chica del bolso amarillo.

Sandro soltó un hondo suspiro y se volvió hacia Daniel.

—Así que el hilo de Ariadna no te sacó del laberinto.

—Para escapar de un laberinto es preciso estar *dentro*.

Las palabras de Daniel destilaron una nota entre el despecho y la frustración. El muchacho paseó la vista por las estanterías que había detrás de la barra y se fijó en el Trofeo Rector de baloncesto, que se entregaría al campeón del torneo al final del curso. Consistía en una canasta de redes plateadas con un balón de bronce soldado al aro. En su opinión, el escultor había olvidado añadir una mano que palmeara el balón hacia el fondo de la red.

—Ahora estamos fuera del laberinto

—dijo—. De lo que se trata es de *entrar* en él.

—¿Y si dentro te espera un Minotauro, agazapado en algún rincón?

—¿Estás diciendo que lo dejemos?

—Claro que no. ¿Por qué lo íbamos a dejar?

—Bien. No lo dejamos. Pero, ¿qué podemos hacer con lo que tenemos? Si no aparece el anciano y nos dice dónde está lo que le falta a esa *Odisea*, no hay nada que podamos hacer.

—Ese tal *Ulises* espera que hagamos algo —insistió Sandro—. Estoy seguro de que hay algo que puede hacerse.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por una razón muy simple: nadie te hubiera entregado el acertijo si no existiera alguna manera de resolverlo.

—Pues yo no lo tengo tan claro.

—A ver si me explico —contraatacó Sandro—. Alguien te dice que existe un tesoro ¿no? Pero al mismo tiempo, te pide que no lo busques, que es peligroso. ¿Por qué? Muy sencillo, porque sabe que lo que te incita no es la posibilidad de encontrar un tesoro. Lo que te incita es el reto del enigma, la dificultad, y sobre todo, la curiosidad, esa curiosidad que te ha llevado a perder todo el día buscando al anciano. *Ulises* ha conseguido su propósito: has entrado en *su* juego y has aceptado *sus* reglas.

—Hablas como si estuviéramos en condiciones de elegir —acometió Daniel—. De acuerdo. Hay alguien, ignoramos quién es y qué se propone. Supongamos que pretende que yo haga *algo* y que al hacerlo me meto en un lío de los gordos, como se deduce de esos mensajes. Ahora

dime: ¿qué es lo que estoy en condiciones de hacer con ese acertijo incompleto? Sin la segunda mitad de la *Odisea*, donde se supone que está lo que falta de ese acertijo, esto es un callejón sin salida, Sandrito. Si no encontramos al anciano no hay nada que hacer. Nada.

—No lo creo —insistió su amigo, pertinaz—. Estoy convencido de que tiene que haber alguna manera de sacar a Ulises de la casa de los muertos y de hacer que llegue el Cronión. Tiene que haber alguna forma de meternos de lleno en este asunto. Puede que no sea más que una estrecha grieta por la que apenas podamos deslizarnos, pero estoy seguro de que la hay. Lo que pasa es que no hemos buscado bien.

Daniel se despidió de Sandro en torno a las ocho. Había quedado con Diana en la

Filmoteca, media hora más tarde. Abandonó el «Karnak» y dio una vuelta por las frías calles de la ciudad. Pasó junto a la plaza de Portugalete, al pie de la Antigua, y a la altura del Teatro Calderón le pareció vislumbrar el perfil de una presencia conocida. ¿Patricia Álvarez? La muchacha avanzaba deprisa por la otra acera, en dirección a la Bajada de la Libertad, con su peculiar contoneo de caderas. Llevaba un chaquetón de piel color canela, y sus piernas, largas y flacas, iban enfundadas en unas medias negras bajo una minifalda vaquera. Al girar la cabeza para cruzar por el paso de peatones, la chica dejó entrever el inconfundible perfil de sus facciones contra la oscura mata de su cabello: su boca pequeña, su nariz chata y algo respingona y sus marcados pómulos, que endurecían su mirada de mujer fatal.

Daniel aminoró el paso. Era ella, no le cabía ninguna duda: Patricia Álvarez, su ex-novia, la chica que le destrozó el corazón. ¿Había regresado de su repentino exilio o de su huida de no se sabe qué?

La vio perderse entre el gentío y echó a andar en dirección contraria, Angustias arriba, hasta la plaza de San Pablo. Ignoraba cuál hubiera sido su reacción de haberse topado con ella cara a cara, si hubiera dado rienda suelta a todos los reproches que aún latían en su interior, o si se hubiera aferrado a su cuello, obedeciendo al impulso de una vieja costumbre, para mordisquear esos labios de piñón que un día le pertenecieron.

A las ocho y media, tras un largo rodeo, llegó a la Filmoteca de la caja de ahorros, donde le esperaba Diana, a resguardo de los soportales. Envolvió a su novia entre

sus brazos y la besó larga y tiernamente, exorcizando viejas sombras del pasado. Luego la tomó de la mano y, juntos, entraron en el salón de actos y se instalaron en sus asientos de la decimoquinta fila del patio de butacas. Antes de que en la sala se impusiera el silencio, se susurraron al oído los pormenores de la jornada.

Esa noche proyectaban *Secreto tras la puerta*, «La oveja negra del cine de Fritz Lang», leyó Daniel en el díptico que les habían entregado al entrar. El título no podía ser más apropiado, pensó el muchacho. Él también se hallaba ante una puerta cerrada, cuyo secreto necesitaba desentrañar. Sin embargo, intentó no pensar en sus problemas: al cine iba uno a relajarse y a disfrutar. Para Daniel, el cine consistía en hora y media de abandono total, orillando los problemas y avatares de

la propia vida, con la seguridad de que, mientras durara la proyección, nadie le iba a exigir otra cosa que no fuera mirar a la pantalla, como una pausa en la vida, noventa minutos en los que su propia vida se detenía para vivir otras vidas que, sin el cine, jamás hubiera vivido.

A veces, Daniel se sorprendía en la oscuridad de la sala mirando los ojos de miel de Diana, concentrados en la pantalla. Se preguntaba si esos ojos brillarían con la misma intensidad si le vieran a él haciendo algo grande, y sentía celos de Bogart, de Cary Grant, de James Stewart y de tantos otros actores que, gracias al cine, vivían una eterna juventud, aunque ya hubieran muerto. Ellos eran los protagonistas. Ellos hacían que las cosas sucedieran. En cambio, él nunca había sido el protagonista de nada. Él nunca había

hecho que sucedieran cosas. La vida no le había dado la oportunidad de conocer al héroe que llevaba dentro. Nunca se lo había tenido que jugar todo a una carta.

Se acordó entonces de los manuscritos de la *Odisea*. Tal vez estaba en sus manos la posibilidad de realizar algo que le redimiera ante esos ojos transparentes, que miraban cómo se iban abriendo las puertas en blanco y negro de Lang. Él mismo pudiera hallarse ante las puertas de un misterioso crimen. Un tal *Ulises* pudiera haber asesinado a alguien, a Antínoo. ¿Quién demonios era Antínoo?

De momento, la posibilidad de que alguien hubiera sido asesinado no era más que una descabellada conjetura: los crímenes misteriosos sólo ocurrían en las películas o en los libros, pero algo se removió en sus adentros ante la posibilidad

de que tal conjetura pudiera ser cierta.

Dejó a Diana en su portal y llegó a casa pasadas las once. Era el segundo día que, al traspasar el portón de la entrada, se bajaba del coche y rebuscaba en el césped, entre los setos cercanos a la verja. Nada. No había ningún sobre nacarado, lo que le provocó un hormigueo de contrariedad.

Guió el Ford al interior de las cocheras; la ausencia del Audi indicaba que sus padres aún no habían llegado. Tras asegurarse de que las puertas quedaban bien cerradas, accedió a la espaciosa vivienda por la entrada principal y se demoró unos instantes ante el arco de medio punto que daba acceso a la escalinata; estaba revestido de mármol blanco con vetas verdes y lo flanqueaban dos estatuas, también de mármol: dos muchachas desnudas, casi impúberes, cuyos rostros adolescentes

ofrecían una sonrisa comedida, propia de un Praxíteles.

Entró en la cocina y, tras repasar el contenido del frigorífico balda por balda, decidió recalentar una hamburguesa en el microondas y partirse un buen trozo de queso de oveja, del muy curado, que era el que más le gustaba. De postre, escogió una manzana madura, que lavó bajo el grifo. Mientras cenaba, hojeó algunas de las novelas de vaqueros con las que Fausto, el cocinero, entretenía los ratos muertos entre el desayuno y el almuerzo, cuando no tenía que bajar al mercado o ayudar a Susana con la limpieza.

Satisfecho su estómago, se escabulló hasta la biblioteca, situada en la primera planta. No tuvo problemas para hallar un par de volúmenes encuadernados en tapas azules: la *Iliada* y la *Odisea*. Extrajo

los dos libros del estante y sopló su canto superior, como hacía en el departamento cuando sacaba alguno de los ejemplares solicitados por sus compañeros o por algún profesor; la consiguiente nubecilla de polvo acumulada por el tiempo solía ser directamente proporcional a la altura del anaquel e inversamente proporcional al interés del ejemplar; al menos eso ocurría en el departamento. En su casa, sin embargo, los libros no acumulaban polvo; no porque los Cuadrado fueran unos lectores empedernidos, sino porque Susana, la doméstica, se empleaba a fondo con el plumero.

Sopesó los tomos, uno en cada mano, y los depositó sobre el jaspeado mármol de la mesa, sin atreverse a abrirlos. ¿Qué esperaba sacar en limpio de esas antiquísimas historias, narradas por un tal Ho-

mero, un bardo ciego que había muerto hacía casi tres mil años?

Estaba cansado. Caminó unos pasos e hizo girar distraídamente los dorados anillos de la enorme esfera armilar que su madre acababa de comprarle a un anticuario de Burgos; la luna de metal emitió un leve gemido y se detuvo en la constelación de Sagitario. El muchacho examinó con curiosidad los mecanismos del extraño artilugio y luego se acercó a las cristaleras del balcón, desde donde se divisaba una estupenda panorámica nocturna de la ciudad, un festival de luces que brillaban nítidas a lo largo y ancho del valle del Pisuerga. Sus pensamientos giraron en torno a lo que le había dicho Sandro esa misma tarde: quizá su amigo tenía razón y ahora era él quien tenía que mover ficha. Pero, ¿qué ficha tenía que

mover? ¿Había alguna ficha para mover? Ignoraba qué reglas tenía ese juego y cuál era el precio de la apuesta, pero barruntó que quizá no sería mala idea arrojar los manuscritos a la chimenea y olvidarse del asunto. Sólo había un problema: le habían desafiado y un Cuadrado no abandonaba un desafío tan fácilmente. Si alguien había inventado un acertijo, ahí estaba él para resolverlo. Faltaría más.

Sentado en uno de los sillones orejeros, tomó el volumen de la *Odisea*, que abrió por la última página, y leyó repetidas veces los versos finales, como buscando en ellos la clave de sus desvelos:

*...Un aullido terrible alzó Ulises y
asaltó a los itaqueles
con todo su arrojo, cual asalta el águila
que vuela en la altura,*

*cuando vino el Cronión a enviarle su
rayo encendido,
que cayó a la vista de la hija del padre
terrible...*

Ahí lo dejó. Por fortuna, a esas horas su cansancio podía más que su obstinación e incluso que su orgullo. Apagó la luz y abandonó la biblioteca. Ya en su dormitorio, rodeado por todo cuanto poseía, se sintió al abrigo del mundo y de sus demonios. No había encontrado el hilo de Ariadna. Permanecía fuera del laberinto, pero no le importaba; estaba agotado.